

XXXVII Exaltación de la Semana Santa de Gines

Manuel Ignacio Lancharro Montiel

“El niño nazareno”

Parroquia de Nuestra Señora de Belén de Gines

11 de marzo de 2018

“Una casa es el lugar donde uno es esperado” Antonio Gala.

A mis padres y hermanos, por ser casa.

Ya suena la Semana Santa

Ve afinando el corazón
Que mi pueblo ya la canta
Que hoy se entona una *Pasión*
Llamada Semana Santa

Ya estoy oyendo el rumor
De *Amor, Corneta y Costal*
De esa canción de autor
Que ya inunda mi ciudad

Ya crujen las mecedoras
Al son de *Campanilleros*
Que Morfeo mece las horas
Para que sueñe un pueblo entero

Ya diluvia la *Saeta*
En balcones de locura
Y en la voz crece una grieta
Para cantar las *Amarguras*

Ya se anudan las corbatas
De colores de *Pureza*
Y una abuela con su bata
En su ventana te reza

Ya rompe el *Silencio Blanco*

A la voz del capataz

despegando cuatro zancos

Para iniciar la chicotá

A esta es Costalero

Que entra en *Jerusalén*

Con dotes de carpintero

Aquel que reparte la fe

Y detrás del borriquillo

Con *Sagradas Vestiduras*

Un enjambre de chiquillos

Con sus risas de diabluras

Ya caminan entre tientos

Los que buscan siete lunas

mientras bailan con los vientos

Al compás de la laguna

Se está encendiendo la fragua

Entre zambra y martinete

Porque un niño abre las aguas

con su paso de juguete

Ya se entonan bulerías

Para el *Consuelo Gitano*

De un *Cristo de la Agonía*

Que lleva sangre en las manos

Hoy te traigo en mi maleta
Bendición y Eucaristía
una *Historia de un Profeta*
Que en la cruz nos salvaría

Y al trasluz de un *Palio Blanco*
No me digas que no mire
Que hoy el cielo monta un palco
Para tu *Estrella Sublime*

Soléa dame la mano
Que *Alma de Dios* te entrego
Que ya huele a *Canela y Clavo*
cocinándose en el fuego

A compás la cera llora
Mi *Cristo de la Veracruz*
Que está llegando la hora
De vivir en lentitud

Tus dolores son mis penas
Libremos al *Reo de Muerte*
No dejemos su condena
En los brazos de la suerte

Aquí empieza el funeral
Con un *Réquiem* a porfía
que tornará en musical
al llegar *el tercer día*

No me digas que es mentira
Que yo sé que tú lo oyes
Que hoy se cierran las heridas
De aquel *Desprecio de Herodes*

Ya columpian las corcheas
Esto va cogiendo tono
Que hoy activan las mareas
La cuenta atrás de este crono

Van llorando los clarines
Porque enmudece el bullicio
Que ya está sacando Gines
Su papeleta de su sitio

Ve afinando el corazón
Que mi pueblo ya la canta
Que ya suena una *Pasión*
Llamada Semana Santa.

Salutación

Reverendo señor Cura Párroco y Director Espiritual de nuestra Hermandad.

Reverendo Señor Vicario parroquial.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Antigua e Ilustre Hermandad Sacramental y Nuestra Señora de Belén, cofradía de nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y Nuestra Señora de los Dolores Coronada.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Antigua y Fervorosa Hermandad de Nuestra Señora del Rosario y Santa Rosalía.

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Fervorosa, Mariana y Antigua Hermandad de Nuestra Señora del Rocío.

Señor presidente y miembros de la Agrupación Parroquial San Ginés.

Grupos parroquiales hoy aquí presentes.

Señor alcalde, y Corporación municipal del Excelentísimo Ayuntamiento de Gines, y demás autoridades presentes.

Familia, amigos, hermanos todos. Muchas gracias por venir a escucharme.

Y gracias a ti, Rocío. Por tu presentación, por tus palabras, y por ese regalo en forma de pregón que nos hiciste a todos hace tan solo un año.

La Infancia Cofrade

Hoy es el día que siempre recuerdo. En el más lejano baño de la casa de mi abuela, un grifo de color metálico le corta el paso al agua. Mi madre me envuelve en un viejo albornoz y me pone de pie sobre el lavabo. No recuerdo los años que tengo, pero intuyo que es Domingo de Ramos. Por la pequeña ventana observo el perfil de un limonero machadiano. Un gato maúlla en el corral, y mi madre agarra un bote de Nenuco para dibujar, sobre mi cabeza, su innegociable peinado de la raya al lado.

A continuación, me pide que introduzca mis piernas para ponerme un pantaloncito corto de color oscuro. Ese pantalón que a mí siempre... uff... tanto repelucos me da cuando roza mi piel húmeda. El reflejo del espejo me muestra una panorámica de la casa: Mi abuela sale del lavadero con ese paso mecido de un lado a otro, que pareciera una barcaza atracada en el muelle. El ABC duerme sobre la mesa. Y una radio muy antigua toma el fresco sobre la reja de la ventana. El traqueteo de la máquina de coser empieza a sonar de nuevo.

Ya vestido, salgo disparado hacia el salón. En la puerta que está justo debajo de la televisión saco el botafumeiro que mi tía me ha traído de Compostela. Mi padre lo enciende. En el patio, una cruz de color amarilla reposa sobre la pared. Mi padre me la ha hecho esta semana. Está formada por dos tubos. Y al fondo, en el corral, mi paso de madera. El imaginero, quién si no, mi padre. Ya está formada la Semana Santa en los tramos de mi infancia.

Porque en mi infancia, si algo era yo, era cofrade, aunque el paso de los años me haya traído otras pasiones que han agarrado más fuerte mi cintura. Quizás por eso, que los Reyes Magos, antes que un scalextric, me dejaran junto a mis zapatos un tambor del maestro Tejera. Quizás por eso, o porque con las piezas de Lego, antes que cualquier castillo o nave espacial, yo construía un paso de palio, un crucificado, un Santo Entierro. Imagínense conmigo: el salón de mi casa convertido en la plaza de La Campana, y la parte baja de las sillas, fantaseando una puerta con las dos patas delanteras, el pórtico de salida y entrada para mis cofradías.

Yo era como ese niño que coge el álbum de estampitas de fútbol y comienza a narrar el partido más épico que haya existido. Pues igual, pero con los pasos. Tarareando marchas, emulando las indicaciones del capataz, o retransmitiendo como lo hacía José Luis Garrido Bustamante.

Pero todo eso corresponde al terreno de la imaginación, porque la realidad, la realidad era distinta. La memoria no me alcanza a recordar mi primer traje de nazareno, pero sí sé que el primer tramo en el que hice estación de penitencia fueron los brazos de mi madre. Más tarde, como todos, he procesionado tras la cruz de guía, en mitad del reguero de luz más afónica que existe en el Aljarafe. Con mi antifaz remangado, un cirio recortado y, como todos, con un escudo siempre más antiguo que el que dictaba la hermandad en ese momento.

Yo recuerdo presentar mi papeleta de sitio directamente en la iglesia. Y vivir más tarde el cambio a la casa del cura. Cuando uno entraba allí, siendo el más pequeño de todos, tenía dos obsesiones: que no se te pasara la llamada de tu tramo, y, sobre todo, no pisarte la túnica subiendo la escalera. Pero si hay algo que siempre me ha llamado la atención de ese momento, de esa reunión de convivencia de todos los nazarenos, es ese espacio donde los más antiguos se sientan en corro a esperar su llamada. Es lo que yo llamo, cariñosamente: el Consejo de sabios. Pues bien, yo ya he entrado allí. No existe una norma que te marque cuándo puedes entrar o no. No existen avisos ni invitaciones. Pero hay un año en el que uno siente que ese es su sitio. Y simplemente entra, coge una de esas sillas blancas y, espera.

Sé que haber entrado en eso que yo llamo “El Consejo de sabios” no es razón de peso para estar aquí. No tengo más credenciales que veinticuatro años como nazareno y hermano. No poseo la experiencia ni la memoria de otros posibles pregoneros. Pero también tengo cosas que decir. Hoy te traigo otro estilo, otras palabras, otras ideas. Hoy te traigo mis dudas, mis certezas y mi osadía de veinteañero. Mi pregón no puede sonar a adulto, porque hoy quién está aquí es un niño. Y lo digo con orgullo.

Porque quizás ustedes no lo sepan, pero cuando mi madre me llevaba a mi médico, a Don Enrique, que en paz descansa, yo le decía que yo no quería crecer. Podríamos decir que tenía el síndrome de Peter Pan.

Por eso te traigo mi infancia. La del niño que pedía cera con una bola pinchada en un palo porque le daba miedo quemarse. La del niño que montado en el carro sobrevolaba las bullas de la calle Francos. Y te traigo la voz de un niño de barrio. Porque si hay algún lugar al quien siempre deseo volver, ese es mi barrio. Fíjense cómo será, que no conozco más barrios donde por nombre, le pongan el sobrenombre, y este sea el nombre de barrio. Mi barrio es esa calle donde existen más geranios que cajeros, donde un niño desnudo juega con la tierra y, las persianas huelen a puchero. Esta patria, que es mi barrio, no tiene más idioma que el viento acariciando la ropa mojada en los cordeles.

Y en mi barrio por la noche,
cuando bosteza febrero
sopla el aire nueve letras
que al juntarlas: costalero

Su equipaje bajo el brazo
Su despegue en un martillo
La añoranza de los viejos
La ilusión de los chiquillos

El legado de aquel año
Del año sesenta y tres
Cuando Pacheco y Anselmo
Dijeron: ¡A esta es!

Y entró en las trabajaderas
De la virgen de Belén
Los hermanos costaleros
Llevando un pueblo en sus pies

Y os hicisteis herederos
De los antiguos 'gallegos'
De aquellos mozos de carga
Mercenarios costaleros

Hace más de medio siglo
De aquella revolución
De arpillera y muselina
En pro de la devoción

Por eso pido mil perdones
por no estar bajo el madero,
por no saber lo que siente
lo que siente un costalero.

Por no sudar en la frente
de la fe del compañero,
ni conjugar tus palabras
que si corriente o patero.

Por no dejar los dolores
a tres metros sobre el cielo,
ni aromar en mis cajones
un costal a naftaleno.

Pues qué quieres que te diga,
Si yo soy un nazareno

Si en las luces que tú siembras
Soy guardián entre el centeno
Tengo claro mi apellido
Me apellido nazareno

Y en vez de faja el esparto
Y en vez de costal un cirio
Y dos ‘puñalás’ en mis ojos
Para mirar el precipicio
Soy quien te abre el camino
Tras la cruz que es nuestro faro
Yo voy encendiendo el cielo
Mientras repartes amparo
Soy la infancia de alpargata
Al calor de aquel brasero
Yo vengo del número diez
De calle Calvo Sotelo
Soy ruan y capirote
Antifaz y caramelo
Soy medalla y estampita
En mitad del desconsuelo
Soy un barrio que te abraza
Entre naranjos y olivos
Cuando en mitad de la noche
Ya vas más muerto que vivo
Soy el niño que dormía
Al son de campanilleros
Entre viejas mecedoras
Entre aromas de puchero

Nazareno de tu barrio
de sus calles de acuarela
Donde las lluvias de invierno
Lloran en tapias de viejas abuelas

Lo digo a los cuatro vientos
Para que llegue a los confines
Que hoy pregona en esta casa
Un nazareno de Gines.

La duda en sus ojos

Resuélveme la duda,

¿está muerto o va dormido?

¿Quién es el hombre de pelo negro

que, a la octava campanada,

comparte la llaga contigo?

Resuélveme la duda,

¿Ese que va en el madero

es humano o es divino?

Resuélveme la duda,

Que no encuentro la respuesta

por más veces que lo miro.

Si al tronar el tercer golpe

Él regresa del olvido,

Dime, ¿está muerto o va dormido?

Si va arrastrando sus pies

Cual, si estuviera abatido,

Resuélveme la duda,

¿está muerto o va dormido?

Si cuando cierra los ojos

El dolor no le adivino,

Ofréceme tú la respuesta,

¿está muerto o va dormido?

Si los lirios no me huelen
A la sangre que ha caído,
¿cómo puedo adivinarle, si está muerto o va dormido?

¿Si es verdad que lo han matado,
Siendo él tan inocente,
Cómo no tiene el ceño fruncido
de frustración y de muerte?
¿si es verdad que sus amigos
Le han traicionado tras la cena,
Por qué no contemplo rencor
en sus ojos de azucena?
Dime, ¿está muerto o va dormido?

Espera. Que otra vez se asoma el hombre
sobre el dintel de la puerta.

Y yo sigo con mi duda
esperando una respuesta.

Entre nubes de ruinas
él pasea serenamente
cuando despuntan abries
en el perfil de su frente.

Y le diluvian saetas
y el silencio me estremece.
Y yo sigo con mi duda
cuando el día se desvanece.
“No preguntes, solo escucha”
Un vecino me susurra,
pero solo alcanzo el silencio
En mitad de tanta bulla.
Me desbordan las preguntas
Voy andando enloquecido
Y otra vez la misma duda
¿está muerto o va dormido?
Y en mitad de aquella plaza
Encontré la solución
Ese hombre no está muerto
Porque está en mi corazón.
Y comprendí que ese silencio,
Es la única expresión,
es la forma de mi pueblo
de entender una pasión.

Y levanté la mirada,
Y nos miramos los dos
Él hizo un quiebro a mis dudas
Y yo le ofrecí convicción.
Seguirán pasando los siglos
Y seguirán preguntando
Si estás muerto o vas dormido
Y otra vez habrá respuesta
Cuando calle el campanario
y la plaza se convierta
en aquel monte Calvario.
Ve tranquilo, Veracruz
que Gines va de cirineo
aliviando tus pesares
En tus horas de paseo.
Cuatro hachones le custodian
con un par de querubines,
Dios camina por la plaza
Sin que lleve mocasines.
El que dude que lo mire
Y si es capaz que aguante el llanto
cuando Dios irrumpe en Gines
la tarde del Viernes del Santo.

¿Qué es Dios para mí?

Levo tiempo haciéndome esta pregunta. Y, sinceramente, pienso que debería ser una pregunta fundamental y frecuente para todo aquel que aspire a fortalecer su fe. Y todavía más, si cabe, para alguien joven. Porque, últimamente parece estar de moda presumir de tener las cosas claras, de tener unas ideas fijas e inamovibles. Sin embargo, yo soy de los que defienden que las personas verdaderamente fuertes son aquellas que se cuestionan las cosas, y a partir de ahí consolidan sus conocimientos.

Porque no somos dioses. Somos humanos. Y día a día observamos la realidad de la vida, y tenemos que pelear con ella. Es normal que, a veces, nos invada la incertidumbre, pero no por ello debemos sentirnos mal. La duda no tiene porqué significar infidelidad. La duda es una señal de humanidad.

Uno de los salmos más profundos que existen, es aquel que narra el famoso grito de: “Dios mío, dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Un grito en el que se expresa toda la humanidad de Jesucristo. Se sintió un inocente perseguido, rodeado de adversarios. Y en ese momento, es cuando llama a Dios, desde la más sólida certeza de su existencia.

Pudiera parecer que está dudando de su presencia. Pudiera parecer que llama a un Dios lejano y olvidadizo. Sin embargo, en el más terrible de los dolores, lo reconoce como Dios y como padre. Lo que pudiera parecer una duda, se convierte en el mayor canto de alabanza.

Y nosotros hacemos igual. Cuando estamos mal es cuando llamamos a Dios. Porque creemos en él. Porque lo hemos interiorizado en nosotros. Porque sabemos que, aunque a veces, parezca lejano, siempre nos sostiene.

Por eso, para mí, Dios es la fe. Pero, sobre todo, es la esperanza. Es el último sustento, el clavo ardiente al que te agarras cuando nada te queda. Seguramente, en la caja de Pandora, detrás de la esperanza, aún estaba Dios. Y es tal la fuerza que tiene, que incluso aquellos que no creen, llegan a invocarlo cuando el abismo se asoma ante ellos.

Decía Antonio Machado, “Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste, y para darte el alma que me diste en mí te he de crear”. Y eso es lo que planteo. Nosotros tenemos que crear a Dios en nosotros, y la forma de hacerlo es encontrar en su palabra el nexo que nos una a él.

No podemos mirar para otro lado. Como católicos cristianos, nos estábamos equivocando. No veíamos correspondencia entre la palabra de Dios y su aplicación práctica en la actualidad. La distancia estaba llegando a unas diferencias casi insalvables. Y es por eso por lo que llegó nuestro Papa Francisco. Y no pueden negarme, que ahora todos nos sentimos, mucho más cercano y orgullosos de la palabra de la Iglesia que antes. ¿y por qué? Simplemente porque se corresponde mucho más con nuestra concepción de Dios. Porque su palabra se ha acercado más a la realidad de hoy en día.

Dios no puede ser una palabra vacía que se vaya arrimando al árbol que más sombra dé. La palabra de Dios no debe politizarse. Dios no necesita que su palabra se blinde al amparo de los poderosos. La palabra de Dios debe tener correspondencia en los hechos y evolucionar con los tiempos.

El Dios en el que yo creo es un Dios revelado como amor. Un Dios siempre buscado y anhelado, aunque no siempre lo encuentre. Yo no le exijo a Dios que esté siempre disponible para mí. Le pido que esté dispuesto a desarrollar su idea. La idea de un Dios cercano, que pise la calle, que inunde con su mensaje de conciliación y esperanza.

Y es por eso que te sigo esperando. Te espero porque tantas veces te intuyo, y otras tantas te me escapas. Enséñame a no desesperar, a preguntar dónde estás, a seguirte buscando.

El Dios en el que creo no se encierra en libros ni edificios. A mi Dios el día quince de cada mes se le empiezan a poner los números colorados, y tiene que hacer piruetas para que el día treinta la mesa siga llena al mediodía. Y cuando llegan los domingos de invierno se pone triste, y se agobia pensando en que el despertador ya ha ajustado la hora para madrugar. Mi Dios es divino, pero también es humano.

Mi Dios enaltece a los humildes y derriba del trono a los poderosos. Porque mi Dios es rebelde. Si no, díganme, ¿qué hizo, si no Jesucristo, cuando delante de Herodes se reafirmó como hijo de Dios? Como Rey de un reino que no era de este, sino de otro mundo. Y, sin embargo, qué triste, que fuera el propio pueblo quien condenara a Jesús a morir crucificado.

Tal había sido el adoctrinamiento contra Jesús, tanto habían manipulado su palabra, que el fanatismo hizo que, entre un ladrón como Barrabás y un inocente como Jesús, la gente pidiera la muerte para el hijo de Dios.

Más de dos mil años después, tampoco parece que hayamos cambiado tanto. Y no solo porque sigamos salvando a los ladrones, sino porque seguimos señalando a quien propugna un mensaje de salvación. Porque si mañana regresara Jesucristo, y volviera a enfrentarse a los poderosos, no sé de qué lado se pondría la gente.

Por eso hay que poner en valor su palabra. Por eso hay que defender que no la desvirtúen. Porque en ese inocente es en el que yo creo. Yo amo al Dios que murió en la cruz, que nos redimió del pecado. Yo amo al hombre que hizo ver al ciego y, al que perdonó a sus propios asesinos.

Yo amo al Dios que confunde a los soberbios, al que colma de bienes a los hambrientos, y al que despide a los ricos con las manos vacías. Yo creo en Jesucristo, no en aquellos que lo han utilizado para conservar su posición.

Por eso déjenme creer que mi Dios está en los comedores sociales, que es él quien abre la puerta de Cáritas, que se disfraza de payaso y visita a los niños enfermos. Déjenme creer que está junto al que acude a las terapias de drogodependencia, y que está en las sesiones de quimioterapia. Mi Dios está ahí empujando, ayudando, dando aliento. Ese es el Dios en el que creo.

Mi Dios es el Dios de los pobres, de los que piden auxilio. Por eso no puedo entender cómo son los mandatarios quienes más utilizan su nombre. Dios debe ser la patria del necesitado, no la herramienta del poderoso para conseguir más poder.

Por eso agradezco al Papa Francisco su nuevo mensaje. Un mensaje lleno de perdón, de humildad, de tolerancia y de integración. Porque el Dios que yo necesito es el que se sienta en las plazas y pinta la palabra justicia en un cartón. Mi Dios no rehúye a los homosexuales, ni a los enfermos, ni a las mujeres, ni a nadie. En el Dios que murió en el madero cabemos todos, y ese sí es mi padre, el Padre Nuestro.

Este es mi Dios y mi credo
Mi relato y mi verdad
y aunque parezca imperfecto
está libre de vanidad
Un Dios justo y verdadero
Eterno, humilde y bondadoso
Es clemente y compasivo
Indulgente y generoso
Infinito y solidario
Benévolo y tolerante
Pacífico y humano
Corazón de los donantes
No es solo un Dios moribundo
También es el Dios de la mar
Que no todo es sufrimiento
También es un Dios triunfal
Es el Dios de mis recuerdos
De mi casa y mis abuelos
Es el Dios puesto en la mesa
Y es el Dios de nuestro cielo
Es el Dios de aquella estampa
Del viejo lienzo en la pared
Es el Dios de mi medalla
Al que le hablo de usted
Es el Dios de mis secretos
El de la foto en mi cartera
Es el Dios de mi almohada
Y aunque es uno, no es cualquiera

Es el Dios que tengo cerca
Es el Dios que a mí me mira
Es el Dios que me sustenta
El que a mi lado camina.
Es el Dios de todo un pueblo
El vecino primitivo
Es el Dios de las plegarias
Y los silencios cautivos.
En sus ojos veo la infancia
Y en sus curvas senectud,
Y cuando más le necesito
Yo le llamo, Vera Cruz.

El capricho de Astorga

“Imagínense conmigo,

Aunque sea por un momento,

Que ahora esto que les cuento

Sea tan verdad como lo escribo”

Estando una mañana Cristóbal Ramos en su taller, llegó su amigo, y también escultor, Blas Molner:

- Cristóbal, ¿se ha acercado un niño esta mañana por aquí?
- ¿un niño, Blas?
- Sí. Un tal Juan. Me dijo su padre que quería verte.
- ¿un padre? ¿ese padre se llamaba, por casualidad, Francisco? ¿cómo era ...? ¿Francisco ... Quiroga?
- Astorga, Cristóbal, tiene que haber sido Astorga.
- Ah, sí, sí. Francisco de Astorga. Ahora lo recuerdo. Es que, con tanto lío en la escuela, Blas, ando últimamente un poco despistado.
- Tranquilo Cristóbal. Te cuento. Son nuevos en Sevilla. Proceden de Archidona, de Málaga. Y al parecer el niño tiene mano en esto de la escultura, y quiere el padre meterlo de aprendiz contigo.
- ¡Ea! Otro que se cree que ha parido un genio. Pues nada, que se venga aquí por las tardes, a ver si pronto se da cuenta que aquí no vale cualquiera.
- Qué duro eres Cristóbal, qué duro eres. Igualito que tu padre, Juan Isidoro Ramos.
- Quizás el tuyo era diferente, Jaime Molner.
- De tal palo tal astilla, Cristóbal, de tal palo tal astilla. Bueno, a ver si me encuentro al buen hombre y se lo digo, verás qué ilusión se va a llevar el chiquillo.
- ¿cómo me has dicho que se llamaba el niño?
- Juan. Juan de Astorga. Recuerda ese nombre, Cristóbal.

El siglo XVIII agonizaba en Sevilla. Era el año 1789 y un niño, llamado Juan de Astorga, con apenas doce años, acababa de llegar a la ciudad con su padres, Francisco y María.

A pesar de las primeras reticencias, Cristóbal Ramos acabó aceptando a Juan como aprendiz. Todas las tardes, Juan, que vivía en la collación de Santa María Magdalena, acudía al taller para observar cómo Cristóbal realizaba su trabajo, especializado en el modelado con terracota. Cristóbal, además, trabajaba en la Real Escuela de las Tres Nobles Artes, donde era teniente de escultura. Su amigo, Blas Molner, era el director de esta prestigiosa academia.

Fueron pasando los años. El siglo XIX saludaba a Sevilla, y con veinticuatro años, Juan de Astorga decide casarse con María Josefa Miranda. Hacía solo un par de años de la muerte de su maestro, Cristóbal, y Juan ya se había convertido en un célebre escultor. Era el 8 de junio de 1801 en la parroquia de Santa Catalina, y el matrimonio vino con un pan bajo el brazo. Y es que, Juan de Astorga, ya había dejado de ser un simple aprendiz. A él directamente se comenzaban a dirigir las instituciones para encomendarle trabajos. Uno de los primeros fue la renovación de la imagen de gloria de la Virgen del Valle de Sevilla.

Una tarde, Juan se acercó a visitar a Blas Molner, a quien los problemas de salud apenas le posibilitaban salir de casa.

- ¿Se puede, Don Blas?
- Claro que sí, Juan, tu no necesitas pedir permiso.
- ¿Qué tal, cómo está? Le traigo la prensa por si no se ha enterado de la que están formando los franceses.
- Ya hijo, ya. No hace falta leer el Mercurio. Sé por amigos que la situación cada día es más complicada. Estos franceses se van a cargar España y todas nuestras obras en la ciudad.
- Así es, Don Blas. Ayer asaltaron el colegio de San Basilio y han destrozado todo el patrimonio.
- Lo importante, Juan, es que no nos destrocen a nosotros. Aunque a mí con lo poco que me queda ...
- No diga eso, don Blas.
- Ay Juan, parece que fue ayer cuando estaba convenciendo a Cristóbal para que te dejara ser su aprendiz. Te has convertido en toda una eminencia de la escultura ¿cómo sigue la escuela?
- Bien, la escuela muy bien. Con el dinero que he ganado he podido mudarme a una casa más grande en la Calle Real. Además, don Matías Espinosa, el párroco de San Ildefonso, no deja de encargarme trabajo.
- Juan, escúchame. Sé por amigos que está llegando un nuevo estilo, le llaman *romancesco* o romanticismo, no sé. Aprovéchalo. Conoces el neoclasicismo, el barroco y ahora el romanticismo. Tienes que interiorizar el dolor, revestirlo de belleza.

Aquella fue una de las últimas veces que Juan de Astorga vio con vida a Blas Molner. Los destrozos provocados por la invasión francesa, fueron a la larga, una gran motivación para producir obras de arte con la llegada de Fernando VII.

Y llegó el año 1816. Juan de Astorga estaba en su taller, y ese día andaba especialmente con prisas. Tenía que colocarle unos ojos de cristal al Niño Jesús del Salvador antes de media tarde, ya que había quedado en hablar con Pedro Navarro, mayordomo de la Soledad de Castilleja, quien quería encargarle también unos ojos de cristal para su virgen.

En esas andaba Juan de Astorga cuando llamaron a la puerta. Juan se acercó y abrió. Eran tres hombres desconocidos para él.

- Buenas tardes, Don Juan, esperamos no molestarle.
- No pasa nada. Ando un poco ocupado, pero díganme, ¿qué quieren?
- Mire, venimos de Gines, un pueblecito muy cercano, y queríamos hablar con usted, no será mucho tiempo.
- Bien, díganme, ¿por qué vienen?
- Mire, como le digo venimos de Gines, somos de la cofradía del Santísimo Sacramento, Santa Vera Cruz y Ánimas Benditas del Purgatorio. Venimos porque queremos que usted realice nuestra virgen.
- Yo lo hago sin problemas, pero, ¿ustedes pueden pagarme? Yo no les pido nada por adelantado, pero se lo pregunto porque sé de la pobreza que vive vuestra villa después de la epidemia del cólera de hace unos años.
- Nuestro pueblo es humilde, Don Juan, pero siempre nos apoya. Tenga usted por seguro que su trabajo será recompensado.
- ¿Y cómo es la virgen que Gines sueña?
- Mire usted, nosotros queremos unas manos donde Gines pueda poner sus besos, alegrías y tristezas. Queremos una dolorosa que represente el dolor de una madre, pero que les llene de amor y esperanza. ¿Podrá ser, Don Juan?
- Claro que sí. Cuenten con ella.

Fueron pasando los meses, y a Juan de Astorga no se le quitaba de la cabeza la ternura con la que aquellos tres hombres de Gines describieron el sueño que tenían como Virgen. Juan había vivido esa escena en multitud de ocasiones, pero esta vez el sentimiento era diferente. Él no sentía el encargo como algo externo, sino que lo estaba haciendo suyo.

Apenas descansaba en el taller. Quería acabar a toda prisa los demás trabajos para nuevamente ponerse manos a la obra con aquel encargo. Y en su cabeza, martilleaban con fuerza las palabras de aquellos hombres: “Unas manos donde Gines pueda poner sus besos, alegrías y tristezas. Una dolorosa que represente el dolor de una madre, pero que les llene de amor y esperanza”. No podía ser una más, aquella Virgen debía ser su mejor obra. Lo tenía claro. Así es cómo lo sentía.

Y entre sus manos fue naciendo aquella imagen, cargada de finura y elegancia. Con la expresión más dulce que se pudiera imaginar. La nariz recta, los ojos lánguidos y caídos. Con la mirada baja, con la cabeza inclinada hacia la derecha. Los labios y la boca entreabierta como rogando el aire que le falta.

“¡Ay! Si la pudiera ver mi maestro, Cristóbal”. Pensaba Juan, con frecuencia. Él sabía que no era una más. Seguía cuidando cada detalle, pero la impaciencia de verla acabada era cada vez más fuerte. Y llegó el día en el que aquellos tres hombres volvieron al taller.

- Estamos impacientes por verla, Don Juan.
- Yo llevo impaciente desde que os vi marchar la última vez. Díganme, qué les parece — Juan de Astorga retiró el recubrimiento que tapaba la obra y se las mostró. Los tres hombres quedaron conmovidos.
- Si pudiera elegir a mi madre, la elegiría así. Comentó uno de ellos.
- Este es nuestro sueño cumplido. Dijo otro fascinado ante la belleza de la imagen.
- Es nuestra Virgen de los Dolores. Sentenció el tercero mirándola de cerca.

Y así llegó a Gines. A aquella aldea de no más de 500 habitantes que se limitaba en un rectángulo: calle Real, Plaza, calle del Aire, Don Enrique y Calleja. Cuatro callejones que desembocaban en las huertas y viñedos de los que vivía la gente que vendían en Sevilla la tempranilla y el lairén de mesa, o criando el vino que vendían en las tabernas o en cuarterolas a granel por las calles de la capital.

Aquel Gines de 1816 tenía las calles sin pavimentos, sin alcantarillado. Las basuras campaban y las familias que no tenían pozo negro, largaban las deposiciones a la vía pública. El agua potable provenía de pozos que en muchas ocasiones estaban contaminados.

La fiebre amarilla de 1800 había dejado la villa desolada. En Gines había muerto el 10% de la población y muchas familias quedaron desestructuradas. El cura de entonces, Don Andrés, suavizó la catástrofe al atribuir a la bendita Santa Rosalía su mediación para que la cosa no fuera a mayores. Los difuntos se enterraron en la Iglesia y su pequeño cementerio adosado.

Así era el Gines al que llegó la Virgen de los Dolores. A nuestra señora la colocaron junto al Cristo de la Salud hasta que, pasados los años, se reformó la Iglesia y edificaron la capilla del sagrario donde reside en su camarín.

Y de su camarín sale cada Viernes Santo. Por sus ojos ha visto pasar el tiempo, y yo en los suyos me he mirado para escribirle los versos que en aquel 1816 se callaron los poetas. Por eso, desde la negrura de mi antifaz, te miro y despojo mis manos para decirte:

Vienes quemando la brisa
Con los llantos de tu cera
Donde brotan primaveras
Con la luz de tu sonrisa.
Vienes venciendo al invierno
Y repoblando de hojas
Esos árboles que en copas
Van refrescando tu infierno.
Vienes entre varales,
Y entre varales te miro
Tan mujer y tan chiquilla
Será que el tiempo te brilla
Como los años al vino.
Mirándote frente a frente
En tus pestañas imagino
Que se suspende un cordel
Para colgar un columpio
Y contemplar sin anuncios
A tus ojos de mujer.
Porque, aunque tú no lo sepas
Sobre tus ojos de miel
Hay un tango de Gardel
Bailando entre sinalefas.
Déjame regar mis pies
al llanto de tus mejillas
la más inundada orilla
que yo quisiera beber.

Y en ellas poder surcar
Cual si fuera gondolero
y poner en tendadero
Tus lágrimas a secar.
Me descuelgo de tus labios
Y aterrizo en tu cintura
Donde pierde la cordura
El más viejo de los sabios.
Déjame que yo adivine
El secreto de tu talle
Que no existe otro detalle
Donde yo más desafine.
Dime, ¿cómo es que vienes tan sola,
tan mujer y tan humana,
entre rimas becquerianas
a que yo te llame Lola?
Si hasta los vientos se giran
Con virajes de veleta
Porque al verte tan coqueta
Con las estrellas se inspiran.
Hoy guardaré en mi joyero
La historia de esta mañana
Donde al abrir la ventana
Me citaste pregonero.
Déjame cerrar la historia
firmando bajo mi nombre
con el halago más noble
que tengo para tu memoria.

Pues que sepa el mundo entero,
Que de tu infancia a tu vejez
No hay, Dolores, un piropo
Que a mí me vuelva más loco,
Que el piropo de mujer.
Contigo se rompió el molde
Cuando Astorga te hizo,
Que no fuiste su milagro,
Que tú fuiste su capricho.

El parto de una historia de amor: septiembre

Y hablando de mujeres. Qué importantes son y han sido en nuestra Hermandad. Nuestra historia no se entiende sin ellas. Y a pesar de los obstáculos que siempre se han encontrado debido a retrógradas estructuras y pensamientos, podemos enorgullecernos de pertenecer a una Hermandad pionera en darle paso y sitio a la mujer.

Y es que, cuando aún las mujeres no podían ni sacar dinero del banco sin permiso del hombre, en Gines ya se acordaba su derecho a ser hermanas de la Hermandad. Fue el 20 de noviembre de 1970. Un hecho que tendría su ampliación, posteriormente, en 1998, cuando tuvieron pleno derecho para poder integrar una junta de gobierno o realizar estación de penitencia.

Pero si aquí se habla de mujeres, hay que hablar de veinte duros. Qué tremenda paradoja que se hagan llamar “mujeres de los veinte duros” cuando el trabajo que han hecho vale una fortuna. Bendita sea la tarde, de principios de los ochenta, en la que aquellas mujeres llevaron al tinte el palio de la custodia, porque ahí comenzó la hazaña de un grupo de mujeres que ha sido clave en la historia de nuestra Hermandad.

La aportación de cien pesetas, la organización de alguna que otra rifa, el pago a ditas, la tradición de recoger cada Jueves Santo las flores de jarro para adornar y perfumar el Monumento ... y muchas hazañas más. Yendo casa por casa, peseta a peseta, puntada a puntada en aquella vieja casa Hermandad donde se reunían para coser y bordar. Todo eso, y muchísimo más, ha ido cimentando uno de los mayores legados de amor hacia nuestros titulares.

Cada día veinticuatro, aquel grupo que llegó a aunar hasta 300 personas, se reunían en el piso bajo de Virgen de los Dolores y reunían lo cobrado por cada una. Y a comprar. Que si la restauración del Niño Perdido, que si el juego de jarras, que si los candelabros de cola, y un largo, larguísimo etcétera.

Y junto a ellas, otras heroínas. Esta vez, nazarenas. Y es que en este 2018 se cumplirán veinte años de aquel cabildo extraordinario donde la valentía y la coherencia venció a la ranciedad. Una decisión que conllevó que el Viernes Santo del 2 de abril de 1999, diez mujeres de Gines se ajustaran el esparto y se cubrieran con el anonimato de un capirote negro. No se trataba de ser más, ni menos, sino de ser iguales, que, a fin de cuentas, es lo que predicó Jesucristo.

Echar un vistazo a la historia de nuestra Hermandad, es sumergirse en un océano de odiseas y de un continuo camino de dientes de sierra. Pero hay un momento fundamental, y con él, un nombre fundamental.

Esta vez no hablo de mujeres, aunque tuvo la sensibilidad, la inteligencia y la valentía que ellas poseen. Don Francisco Gil Delgado. El cura que llegó a Gines en otoño de 1953 y que, entre partida y partida de dominó, logró una tarde, quizás dejándose ganar la partida, que Juan Gago, el cura viejo, le dejara volver a sacar la cofradía. Solo había dos condiciones: la puntualidad y la ausencia de música.

Cuentan, que la alegría de sacar los enseres de la virgen contrastó, más tarde, con la decepción de comprobar el mal estado en el que estos se encontraban. Pero nada impidió que aquel Viernes Santo de 1954, a las ocho de la tarde, nuestra cruz de guía estuviera en la calle, veinticuatro años después de la última vez. Con unos varales traídos de Gerena, una peana de la Macarena, una parihuela de las Penas de San Vicente, candelabros de Los Gitanos, ... pero la cofradía volvía a la calle.

Cuentan las crónicas que Ricardo Páez, trajo unas piezas de tela negra que fueron cosidas por todas las mujeres del pueblo. Otra vez las mujeres. A la diez de la noche, como había dispuesto Juan Gago, la cofradía debía estar de nuevo entrando en su Parroquia. Pues bien, a la diez menos diez ya estaba dentro. Ejemplo de compromiso y seriedad. Faltó música, pero diluviaron saetas y, muchas lágrimas.

Gines, siempre Gines, encabezados por un sacerdote muy religioso, pero con los pies en la tierra.

Don Francisco Gil Delgado. Un juez y periodista nacido en las Minas de Riotinto. El hombre que se colocaba una boina con su sotana para conducir su *lambretta*. El amigo de Don Juan de Borbón, y según dicen, el primero en officiar una misa en castellano. El hombre que durante el franquismo recibía en su despacho universitario a la Juventud Estudiante Católica y hablaba de democracia y libertad sindical con Felipe González, Rafael Escuredo, Luis Uruñuela o los hermanos Pérez Royo. El hombre que paseaba a su perro por la Avenida de la Constitución mientras cantaba los goles del Sevilla.

Yo no te conocí, Don Francisco, o Paco, como te decían tus más allegados, pero Gracias. Gracias, porque quizás sin tu ímpetu, hoy yo no estaría aquí pregonando la Semana Santa de Gines. Aquella que tu recuperaste para mi pueblo cuando te viniste a vivir a la calle Capitán Vázquez. Donde, por cierto, también cuentan, la sotana no era impedimento para jugar al fútbol con los niños de la calle.

Paco nació en agosto y murió octubre, porque septiembre, septiembre tan solo era tuyo. Septiembre estaba reservado para la que él llamaba, la “joya de Gines”. Y ahora que me digan a mí, que aquella partida de dominó, no la ganó Don Francisco.

Por tanto, gracias. Gracias a las mujeres, a Francisco Gil Delgado, a la lucha de los grupos jóvenes, y a tantos y tantos hombres que han luchado por nuestra Hermandad durante su historia. Gracias, porque con vosotros, llegó septiembre.

Los primeros trazos del otoño
La puerta encajada del verano
 Se cambiaron los roperos
Y el calor fue más liviano.
 Se enfriaron las terrazas
Y se acortaron las tardes
 Volvieron los calcetines
Y aquel cielo que no arde.
 Se recogieron los toldos
 Se recubrieron los cines
Las pizarras olían a estreno
Y la ilusión tenía cara de Gines.
 Se ajustó el despertador
Y al día se puso la agenda
 Nos raptaron de la cama
Porque septiembre silbaba ofrenda.
 Las espuestas rebosantes
 Todas llenas de aceituna
Que septiembre sabe a vino
Y a una lluvia inoportuna.
 Tiene cara de novato
 Y de maleta deshecha
 Abarrota carreteras
Y el día seis era la fecha.
Septiembre suena a melancolía
 Suena a mujer de Neruda
 Se despide en un andén
Y yo sé, que como tú ninguna.

Doscientos años en un mes
Doscientos años en un día
Tenías el alma de plaza de mayo
Y llevabas cara de beso a escondidas.

Doscientos años, mi vida
Doscientos años, Dolores
Más que a la Plaza de España
Me supo a Plaza de las Flores.
Doscientos años, y un pueblo
Doscientos años, y un sueño
Que septiembre fuera siempre
Nuestro secreto sin dueño.
Doscientas salves y piropos
Doscientos vivos y orfeones
Doscientas coronas septembrinas
Labradas en los corazones.
Doscientos ángeles bajaron
Para peinar las sienes
Con un amor hechizado en oro
Que en tus oídos resuene.
Qué corona más plebeya
para fundar tu matriarcado
siempre fuiste capitana
en pedestal coronado.
Fue septiembre de mujeres
que coronaron amores
sacándote los puñales
calmando siete dolores.

Que nadie olvide septiembre
Ni esa fecha tan selecta
Donde a una mujer del cielo
Aquí la hicimos predilecta.
Tus madrinas y tus niños
Todo un pueblo en parihuela
Te llevaron la corona
En abrigo de entretelas.
Qué bonito aquel septiembre
Qué bonita aquella tarde
Qué bonita aquella lluvia
Que se volvió tan cobarde.
Qué bonito aquel septiembre
donde nada nos frenaba
ni Ley Sálica ni el miedo
ni las nubes que empapaban.
Doscientos cielos azules
doscientos soles encendidos
doscientas lunas vigías
bordando un amor descosido.
Doscientos zancos al aire
doscientas lágrimas cayendo
doscientos Gines pasados
sobre tu amor renaciendo.
Doscientas marchas al viento
doscientas llamas muriendo
doscientos niños jugando
sobre tus calles riendo.

Doscientos sueños de Astorga
doscientos versos lorquianos
doscientos pinceles que tracen
nuestro romance mariano.

Doscientos labios nombrando
tus siete letras de amores
doscientos años benditos
sobre tu nombre, Dolores.

Y doscientos piropos en uno
que se escaparon al vuelo
para coronarte en septiembre
como reina de los cielos.

Belén: principio y fin

Como tiene que ver con niños

Hoy te propongo un juego

Yo te lanzo adivinanzas

Y tú me respondes luego

Tiene nombre de ciudad

Y es dos veces nacimiento

Si de pronto la adivinas

Yo prometo que no miento

Le dio nombre a aquel portal

Y fue su primer aposento

Si de pronto la adivinas

Yo prometo que no miento

Es la Gloria del que vuelve

Tras la cruz del sufrimiento

Y después de cuarenta días

Es el primer elemento,

Pues cuando llega febrero

Va diciéndole a mi pueblo:

A mi hijo les presento

Si de pronto la adivinas

Yo prometo que no miento

Tiene cara de chiquilla

Y da nombre a estos cimientos

Y es de la Semana Santa

Nuestro último fragmento

Es tan dulce y elegante
Que no la despeina el viento
Y para ser la patrona
No necesita aspavientos
Si de pronto la adivinas
Yo prometo que no miento
En sus manos soberanas
El bastón del Parlamento
rociando las ventanas
con su sonrisa de aliento
¿Adivina, adivinanza
Quien encarna la esperanza
Cuando al llegar el domingo
resucita sin venganza?
Tiene nombre de colegio
Y en sus brazos el privilegio
De que vaya tan despierto
Al que hace solo tres días
Todos daban por muerto
Paradojas de la vida
Que se apaguen en tu manto
Al regresar la alegría
Los siete días más santos
Y otra vez la cuenta atrás
Y en tu espalda un calendario
Que se llena de tachones
Con las cuentas de un rosario

Que tu nombre sabe a inicio
A final y despedida
Que tu nombre sabe a marcha
Con compás de recogida.
¿Adivina, adivinanza
Díganme la semejanza
De quién nace y resucita
En refugio de enseñanza?
Tiene nombre de ciudad
De parroquia y de colegio
Tiene nombre de pesebre
Donde acuna el privilegio
Y su nombre sabe a Alfa
Y su nombre sabe a Omega
Y sabe a Semana Santa,
Candelaria y Nochebuena
Es jardín de nuestra Gloria,
Paraíso del Edén,
Y es la cara de victoria,
De mi Virgen de Belén.

En el rincón del moreno

Ya tiende Manuela el hule sobre la desconchada mesa del patio. De mi viejo patio. Ya está el fogón encendido, y ya se ha puesto mi abuelo el chaleco sobre la camisa. La radio suena bajo el bodegón.

Por el pasillo se oyen los tacones negros de las mujeres. Mis tías, mis primas, mi madre, mi hermana. Se arriman las sillas a la copa, y la televisión se enciende.

La luna está vigilante, y las puertas de mi pueblo absorben nazarenos negros de ruan. La calle se desnuda. Y en un rincón del pueblo estoy yo, hablando con un hombre de avanzada edad, de cabello oscuro y melena larga.

Mi pregón redacta su testamento. El nudo de mis manos se desata, y ya no existe impaciencia. Ahora quiero ir lento. Despacio. Porque, ¿cómo decir adiós cuando no se quiere? Será mejor decírselo, precisamente, a Dios.

Por eso voy a visitar al moreno del rincón. A ver al hombre de melena oscura. Porque cuando estoy allí, mirándole a los ojos, rebobina la tarde y rebobinan mis años. Vuelvo a mi niñez, y vuelvo a mi patio. Y da comienzo la ceremonia del jardín salvaje de mi infancia.

Y en ese rincón, siempre es viernes. Siempre es tarde, y siempre el día es nublado. Frente al moreno del rincón, siempre escucho aquella voz:

— ¡Ignacio, vamos, que ya son las seis!

Y entonces cruzo la puerta descascarillada del corral, atravieso el patio y ella me coge de la cintura. Me sube a la mesa y me viste de nazareno, y vuelvo a ser un niño bajo mi túnica. Me anuda con el esparto y me cuelga su medalla. Y otra vez estoy en esa máquina del tiempo de paredes negras de ruan.

Pero la tarde agonizó, han pasado las doce, y el olor a comida invade el número diez de Calvo Sotelo. La calle guarda el reguero de cera como si fuera un recuerdo de que Dios acaba de pasar por allí.

Ya ha acabado todo, Señor. Toca salir de esta máquina del tiempo y regresar a casa. Buscar a mi primo entre la penumbra y regresar por el camino más corto.

Y al llegar al zaguán, estallará la tertulia: Cómo ha ido la cofradía, si la banda ha tocado bien o no, si gustaban las flores más o menos, o si al final le llovió al Cachorro o se ha librado.

Tocará preguntar a qué hora acabó Rey de Reyes, si he visto a este o al otro de nazareno o por el contrario se ha caído de la lista. Tocará preguntar si quedan tortillitas de bacalao. Tocará oír que el año que viene hay que meterle el dobladillo a la túnica, y tocará oír a mi abuelo quejarse de algo.

Y mis tías estarán en la primera mesa, y mi padre con mis tíos en la otra hablando de carreteras y de si es mejor tirar por ese o aquel desvío. Y me sentaré en el sillón y vendrá mi abuela corriendo a decirme que el sillón es para mí tío Paco. Y mi hermana les dirá a mis primas que si mañana ‘La Canina’ se te para delante es mala suerte.

Y hablarán de esto y de aquello, y de tantas cosas insignificantes pero que para mí conforman la última estampa del Viernes Santo de mi infancia.

Por eso este pregón debe acabar allí. En el número diez de Calvo Sotelo. Y concretamente en mi patio. En el lugar donde fui costalero, capataz y nazareno de los pasos que me hacía mi padre. Porque desde el día en que encomendaron el regalo de pregonar la Semana Santa de Gines, estoy viviendo en aquel patio.

Hoy no he sido más, Señor, que el nazareno más pequeño de tu tramo. No he pretendido ni un solo momento alejarme de esa imagen, porque para mí es una inmensa alegría que me llamen niño, y echar la vista atrás y recordar tantas vivencias. He procurado contarle a Gines cómo se ve la Semana Santa cuando se tiene el antifaz remangado.

Por eso, Vera Cruz, desde ese rincón donde ves pasar los días, quiero llevarte a mi patio, y jugar los dos a terminar este pregón.

Ya se recoge la mesa
Ya la calle está desnuda
Y cavilo con la duda
De este pueblo a quien le reza

Ya se recoge la mesa
Y el salón está vacío
No por ello vence el frío
Que en mi casa no hay tristeza

Ya se recoge la mesa
y no hay cruces ni Dolores
hijo y madre son amores
con la sonrisa de fresa

Ya se recoge la mesa
Y de nuevo soy un crío
Agárrate si tienes frío
Que mi infancia ya regresa

Quiero volver a ese patio
de la antigua callejuela
con aroma de cazuela
y con perfume de barrio.

Quiero volver a ese patio
Donde cantaban los grillos
A la vera de un husillo
Y sin bombillas de vatio

Quiero volver a mi infancia
De preguntas sin respuesta
De zaguán y casapuerta
Y de besos sin distancia

Quiero volver a mi infancia
A la bata de mi abuela
Al apagón y la vela
A las cosas sin importancia

Déjame volver a mi niñez
A la radio y la emisora
A mi abuelo poniendo la hora
Y a tantas cosas del ayer

Déjame volver a mi niñez
En tu rincón más pequeño
Donde se muere este sueño
De no querer envejecer

Abre tus ojos, Vera Cruz
Mira el viento en las macetas
Y el volar de una cometa
Mientras se esconde la luz

Abre tus ojos, Vera Cruz
Que mi pueblo ya se viste
Con ese amor que trajiste
Y que vive en juventud

Abre tus ojos, Vera Cruz
Que en tus llagas yo me duermo
Y de tu sangre me enfermo
Si es por tener tu virtud

Abre tus ojos, Vera Cruz
Que los clavos te arrebató
Si por ello te constato
Mi tremenda gratitud

Abre tus ojos, Vera Cruz
Soy rehén de tu melena
Prisionero de tus penas
Y de toda tu infinitud

Abre tus ojos, Vera Cruz
Que yo te curo las heridas
Con las dosis de mi vida
Y con besos de champú

Abre tus ojos, Vera Cruz
Que no te doy por vencido
Que ya sé que estás dormido
sobre un cielo de tisú

Abre tus ojos, Vera Cruz
Guíame por el camino
Donde tú seas el destino
Y no exista la inquietud

Abre tus ojos, Vera Cruz
Cuida siempre de mi gente
De ese eterno penitente
Que son la gente del sur

Abre tus ojos, Vera Cruz
Que ya suenan los violines
Que ya está sacando Gines
Capirotos de un baúl

Diecinueve días para verte
sobre tu cruz de madera
dieciocho para velarte
en tu noche más postrera.
Diecisiete para el día
donde Judas te traiciona.
Dieciséis la cuenta atrás
de quince monedas de plata
que fueron solo la mitad.
Catorce estaciones que miden
un Vía Crucis a la muerte.
Y llegados a este punto
solo quedan trece días
para que Gines pueda verte.
Doce apóstoles que portan
un mensaje de amor y entrega.
Once el día en que pregonó
la pasión que nos congrega.
Diez mandamientos grabados
A sangre y fuego en la roca.
Nueve meses en el vientre
De María que aquí es Lola.
Ocho campanadas dictando
El horario de tu muerte.
Siete dolores de madre
Llorando tu mala suerte.
Seis la fecha de septiembre
Coronando tu grandeza.

Cinco lágrimas de llanto
En cinco llagas de tristeza.
Cuatro evangelios narrando
Cuatro horas penitentes.
Tres negaciones de Pedro,
Que son tres clavos hirientes.
Dos palabras son Te Quiero
Y una estrofa confidente:

Abre tus ojos, Vera Cruz
Que este pueblo solo reza
A un Dios que mira sin tristeza
Y ese Dios, solo eres tú.

HE DICHO

Este pregón se terminó de escribir el 28 de febrero de 2018,
Festividad del Papa San Hilario.

